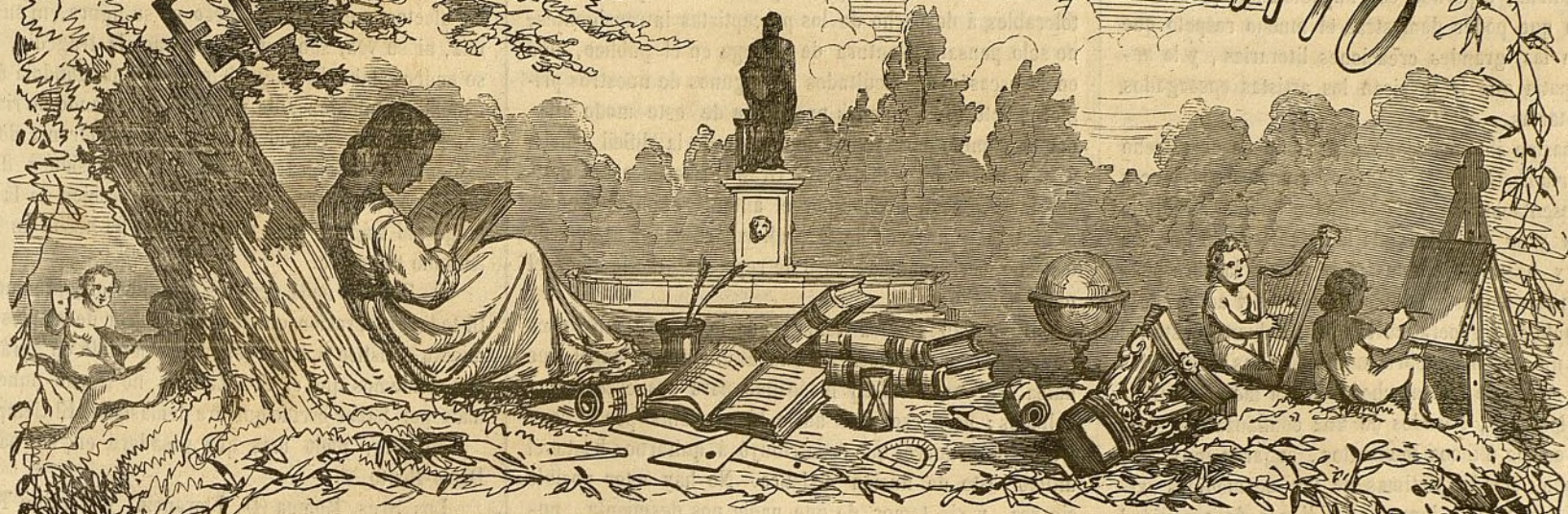


EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

11 Marzo 1866.

NÚM. 10.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 34 seis meses. — 66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.
AMERICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps.
AMERICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

SUMARIO.

Tipos chinos.—Revista dramática, por D. Juan de la Rosa Gonzalez.—Teatros de Valencia, por D. Gerónimo Flores.—Ceremonia de la entrega de las insignias de la orden de la Liga al rey Leopoldo II de Bélgica.—Akil-Agha, jefe de las tribus árabes del monte Thabor.—Escala vegetal, por D. Peregrin Garcia Cadena.—A mis queridos niños Maria, Antonio, Teresa, Pedro y Joaquin Piscicelli Alvarez de Toledo, (poesía) por D. Damaso Delgado Lopez.—La bolsa, por Don J. L.—La Religion, (poesía) por Don Teodoro Martel.—La granja del amor, por D. Pedro Moreno Villena.—El bucy gordo de 1866 en Paris.—Los corresponsales de provincias.

Grabados. Tipos chinos.—Ceremonia de la entrega de las insignias de la orden de la Liga al rey Leopoldo II de Bélgica.—Akil-Agha, jefe de las tribus árabes del monte Thabor.—El bucy gordo de 1866 en Paris.

TIPOS CHINOS.

Hoy que las murallas de la China se han roto para los extranjeros, y que una legacion española, á cuyo frente se encuentra D. Sinibaldo de Mas, negocia en el mismo Pekin tratados de comercio que han de redundar en beneficio de ambos países, creemos del caso dar á luz en nuestro semanario algunos tipos chinos.

La lámina que acompaña este número representa al gobernador militar de Shang-hai en 1860 y á cuatro soldados imperiales, y está tomada de una fotografia.



TIPOS CHINOS.

REVISTA DRAMÁTICA.

Representacion de la tragedia de Don Ventura de la Vega LA MUERTE DE CÉSAR en el teatro del Principe.

La representacion en el Principe de la tragedia del eminente escritor D Ventura de la Vega, cuya pérdida fue tan universalmente sentida, y cuya memoria permanece viva entre sus numerosos amigos y admiradores, ha venido á demostrar á los mas obcecados que los viejos actores del Principe no solo son impotentes para regenerar el arte, como al principio se dijo con tono enfático, sino que ni aun son capaces de conservar sus buenas tradiciones, que es lo que todos teníamos derecho á esperar, atendidos sus nombres y antecedentes.

El público, que habia observado la mala direccion que reinaba en este teatro; que habia presenciado con dolorosa estrañeza el estreno de obras como *La silla de espinas*, *La tertulia de confianza* y *Un hombre público*; que no habia logrado ver ni una sola vez siquiera reunidos á todos los primeros actores de la heterogénea compañía, compuesta de elementos encontrados; que sabia, además, que muchos de nuestros mas aplaudidos poetas dramáticos, burlados en sus mas legítimas espe-

ranzas, se habian visto en la dolorosa precision de retirar sus obras por no ser juguetes de una empresa que, despues de contraer formales compromisos, se negaba á cumplirlos; el público, decimos, inclinado siempre á la benevolencia y dispuesto á perdonar todo género de faltas, esperaba con impaciencia una ocasion propicia en que poder demostrar el mucho respeto que le merecen las grandes creaciones literarias, y la ardiente simpatía que le inspiran los artistas encargados de interpretarlas.

Esa ocasion iba á encontrarla al fin en el estreno de *La muerte de César*. Los infinitos anuncios que acerca de la representacion de esta tragedia habian circulado en carteles y en periódicos; la fama colosal de que iba precedida y hasta la circunstancia de ser la obra póstuma de uno de los autores mas aplaudidos y admirados, dando pábulo á la general curiosidad, habian puesto los ánimos en un estado de febril inquietud. Las localidades se habian solicitado por muchos con un mes de anticipacion, y los que, llevados de una confianza excesiva, acudieron en los últimos momentos, pagaron muy caro su abandono, siendo victimas de las desmedidas exigencias de los revendedores, que, llenos de seguridad en el *negocio*, se pavoneaban por las avenidas del histórico teatro del Príncipe.

Llegó por fin el anhelado instante. Cada cual se apresuró á ocupar su puesto, y aquella sociedad alegre, bulliciosa, comunicativa é inteligente, se trasportó con el pensamiento al palacio de César, para presenciar desde su origen y á través de los siglos, uno de los mas imponentes sucesos que tuvieron lugar en la antigua Roma.

Si Ventura de la Vega hubiera podido ver el aspecto grave y solemne que en aquellos momentos presentaba el teatro, de seguro se habria sentido orgulloso al encontrarse con un público como puede soñarle el autor mas exigente. ¡Pero qué grande hubiera sido su dolor, qué amargo su desencanto, cuando al volver los ojos á la escena se hubiera encontrado de repente á César sin voz, á Bruto sin grandeza, á Servilia llorona, á Marco-Antonio hinchado, á Casio pretenciosillo y hueco, á Decio Bruto amanerado, á Quinto-Ligario quejumbroso, á Publio-Siro desdeñoso, á Casio sin inteligencia, á Ciceron sin saber hablar, y á los demás personajes sin acertar á decir bien una frase ni aun por casualidad! ¡Ah! Si esto hubiera llegado á presenciar, ¡cómo se hubiera arrepentido de aquel ardiente y generoso deseo de ver puesta en escena su querida tragedia, sueño que con tan tenaz insistencia acarició durante el último período de su vida!

Empezóse la representacion entre el mayor recogimiento y silencio; todos los cuerpos se inclinaron hácia la escena y todos los oídos se dispusieron á percibir hasta el mas leve rumor. Nunca nuestros primeros actores se han visto en una situacion mas favorable y ventajosa para imponerse á un público que de antemano les concedia el respeto mezclado con la admiracion.

La tragedia tenia además otra gran ventaja para los encargados de interpretarla, pues su autor, ansioso de reconciliarla con el público y transigiendo cuanto le era posible con el gusto moderno, en vez de la entonacion siempre igual, uniforme, altisonante y épica, queriendo quitarla parte de la severidad y orgullo de su trato, como él mismo manifiesta en el prólogo, la habia impuesto condiciones respecto al estilo, imprimiéndola mucha variedad de tonos, procurando elevarse en ocasiones hasta la epopeya, y humillándose en otras hasta lo familiar y epigramático. Ventura de la Vega se proponia hasta hacer reir en su tragedia, pero con aquella gracia ática, que saca á los labios una sonrisa culta y delicada. Tal sucede, por ejemplo, cuando César, á propósito de los versos en que le satiriza Pitoloa, dice á Lépidio:

De estos versos miserables,
Cuantos logres hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son muy malos.

Así con estos nuevos atavíos, y como si dijéramos vestida á la moda del siglo XIX, habia querido sacar de nuevo á la olvidada *tragedia* el ingenioso y discreto autor de *El hombre de mundo*, ansioso de reconciliarla con el público. Y cuenta que al obrar así, tomándose unas libertades que solo su gran talento podia hacer tolerables á despecho de los preceptistas intransigentes, no solo pensaba Ventura de la Vega en el público, sino en la escasez de facultades de algunos de nuestros primeros actores, á quienes procuraba de este modo allanar el camino para salir triunfantes de la difícil prueba á que intentaba someterlos. Gran parte de estas concesiones estaban hechas por el autor, segun fácilmente se colige, en favor de D. Julian Romea, á quien de derecho correspondia, caso de representarse la obra, el papel de César.

D. Julian Romea tenia, por lo tanto, muy poco que hacer para colocarse á la altura de un papel que habia sido modelado en lo posible para sus escasas facultades; pero eso poco no lo hizo, siendo por el contrario el primero que contribuyó á quitarnos hasta el último resto de ilusion artística. No hay actor posible sin voz, y sin temor de que nadie nos desmienta, podemos asegurar que la del Sr. Romea se encuentra tan estinguida, que á duras penas llegaban á nuestros oídos claras y distintas algunas frases, perdiéndosele en cambio la mayor parte de lo que decia. Si esto nos pasaba á nosotros que conocíamos la tragedia, ¿qué les sucederia á los que iban á oirla por vez primera? Así es que á la atencion religiosa de los primeros momentos, sucedieron el desencanto y el disgusto. No hay nada mas insoportable que un actor á quien no se le oye. Y sin embargo, ni una queja, ni un murmullo por parte del público; no se puede llevar á mas alto grado el respeto á un artista. El Sr. Romea conquistaba un triunfo para él inesperado: el de hacerse respetar sin que se le oyera. A falta de voz, buscamos en el gesto, en la accion, en la apostura, algo que nos diera á conocer la grandeza y magestad del héroe romano: nada encontramos mas que una naturalidad aflicta; esa naturalidad tan seductora en la comedia de costumbres, pero que bajo el manto de un César degenera en prosaico y mortal amaneramiento. Porque creer que en el arte escénico puede hacerse todo con un mismo tono de voz, con igual accion y con idénticas actitudes, es creer un absurdo. El Sr. Romea tiene demasiado talento para comprender que esto es imposible y que cada género reclama distinta manera de forma y expresion.

Tiene además el Sr. Romea un defecto, para nosotros imperdonable, y es el de no abdicar jamás su personalidad para asimilarse y confundirse con el personaje creado por el poeta. Esta parece que debiera ser la primera condicion de los grandes artistas. Así, para nosotros, el actor mas perfecto será aquel que en cada obra haga un tipo diverso, porque ese es precisamente el ideal de un arte que reconoce como una de sus mas esenciales bases la facultad imitativa. El Sr. Romea, ya represente á un héroe, ya á un humilde artesano, es siempre el Sr. Romea. Verdad es que su gran talento nos hace olvidar de continuo este defecto; pero no por eso dejará de ser fundada nuestra observacion.

El Sr. Valero no ha sido nunca actor trágico en el verdadero sentido de esta palabra, y menos podria serlo hoy cuando la edad le ha robado mucha parte de su antigua energía. Dotado este actor de grandes facultades, su propio instinto quizá le ha llevado al estudio de esos caracteres sombríos que inspiran terror por su simulada perfidia. Todo lo noble, todo lo grande, todo lo levantado se aviene mal con su manera de ser y de sentir. Viéndole en *Ricardo d'Arington* y en *Luis XI*, se comprende su impotencia para expresar de una manera digna la indomable fiereza republicana del matador de César. Hasta su figura carece de magestad para esos grandes caracteres. Así es que nos ha hecho un Bruto á su manera, pero empuñando y á veces

hasta grotesco; pues rara es la ocasion en que este actor deja de apuntar la caricatura, en la que siempre ha descollado mucho.

Teodora, en su papel de Servilia, se abandonó á ese tono lacrimoso que tanto oscurece sus excelentes dotes de actriz. Su accion es correcta y propia casi siempre de los afectos que la agitan; pero ni su figura, ni su fisonomía, ni su voz, son á propósito para la tragedia. El verso endecasílabo la fatiga demasiado, obligándola á tomar á menudo inflexiones de voz estrañas cuando no ridículas.

Pizarroso, verdadero actor de melodrama donde la exaltacion romántica dá campo á las pasiones descompuestas, carece por esta misma exageracion de la severa magestad trágica; pero aun así, nos ha hecho un Marco-Antonio tolerable.

De Zamora nada decimos, porque conceptuamos inútil toda observacion que tienda á curar de su desvanecimiento artístico á ese joven actor perdido en agráz. Mucho tememos que el Sr. Zamora no llegue nunca á ser nada por haber creído que era demasiado. El tiempo dirá.

Morales, nada mas que pasadero en su papel de Decio-Bruto.

Los Sres Romea (D. Florencio) y Mariano Fernandez, encargados de dos papeles inferiores á su categoría, cosa que han tenido muy buen cuidado de espresar en los carteles, dando así una prueba de *modestia*, y otra de respeto á la memoria del autor, hicieron lo que podrian haber hecho dos comparsas. D. Florencio, con ese tonillo que data de los buenos tiempos del romanticismo, cantó su corto papel, escediéndose á sí mismo en aquello de

¡Qué actor, Laberio!

«¡Qué actores!» dijo á esta sazón un chusco de butacas, escandalizado de que aquello se hiciera en el primero de nuestros teatros.

Pardiñas (D. Benito), que cansado de oír murmullos de desaprobacion en Variedades, habia sido ajustado por la empresa del Príncipe para que hiciera el Ciceron, comprometido con su nuevo papel de sábio, apenas acertaba á decir un verso: verdad es que esto mismo le ha pasado siempre. Sin embargo, hay que confesar que D. Benito, como actor de *peso*, llena su puesto mejor que cualquiera otro. La empresa habia estado inspirada en la eleccion.

Respecto á aquel aluvion de actores, entre todos serían unos veintitres, que empezando en Montijano acaba en Castro Rodriguez, ¿qué hemos de decir? Los infelices, sin darse apenas cuenta de lo que hacian, procuraban abrir la boca y mover los brazos, mirándose unos á otros como alælados. ¡Qué compañía, Santo Dios, qué compañía! Dardalla hizo un ciudadano andaluz muy salado, diciendo con mucha gracia aquello de

No me pises la toga.

Al verle con su esportilla, creimos que iba á coger higos chumbos.

Pasando ahora de la egecucion, que como se vé no ha podido ser mas deplorable, al modo con que ha sido puesta en escena la tragedia, veamos si al menos encontramos la debida propiedad en los trages, requisito indispensable en toda obra histórica, y mucho mas en esta que por sus circunstancias especiales reclamaba mas esmero por parte de los directores de escena y de la empresa.

D. Julian Romea no salió vestido con propiedad en el acto tercero cuando los juegos lupercales, pues debia llevar, segun la acotacion de la tragedia, *ropas triunfales*, y estas se componian de la *túnica palmata* y de la *toga pivta*, cuyos bordados representan palmas. Además, aquella especie de bufanda que sacaba al cuello no se encuentra en ninguna parte, pues si se pretende decir que era el *pallium*, éste, mas bien que un pedazo de tela liada al cuello y que jamás usaron cónsules ni dictadores, era un gran paño ó cobertura hecha de lana en forma de cuadrado ó cuadrilongo, sujeto alrededor del cuello ó sobre el hombro por un broche ó *fibula*, llevándose algunas veces sobre la carne como

único vestido, aunque ordinariamente como manto por encima de la túnica.

El Sr. Valero debió llevar la toga *prætexta* con franja de púrpura, y no enteramente blanca como la sacaba, pues siendo pretor de Roma, tenía por necesidad que diferenciarse de los senadores.

El Sr. Pizarroso, que hacia el cónsul Marco-Antonio, debió sacar las insignias de tal cuando los juegos, y vestir la toga *picta*; pues era la de ceremonia y propia de su cargo, y en los demás actos la toga *prætexta* y la túnica con el *lacticlave*, que era una franja de púrpura de arriba á abajo ó en sentido perpendicular. Este actor salió hecho una especie de San José, aprovechando gran parte del trage con que hizo el Judas en *El mal apóstol* y *El buen ladrón*, de Hartzenbusch. Además debió salir siempre precedido de doce lictores, que era el número que distinguía á los cónsules.

Teodora, todo parecía menos una romana, pues su trage mas bien era griego. Su túnica debió estar ceñida por un cinturón *precisamente* debajo del pecho, y no alrededor de los riñones. No debió sacar los brazos desnudos hasta el sobaco, y sí media manga hasta el codo. No debió llevar diadema y sí una cinta, que era lo que usaban las mugeres modestas y honradas para diferenciarse de las cortesanas. El manto que sacaba encima de la túnica no era necesario, pues solo se lo ponían para salir y no para estar en casa.

Los lictores debían haber llevado una vara en la mano derecha, y en la izquierda las haces sin el hacha, pues no podían ponerlas en las haces mas que los que acompañaban al dictador. Su trage estaba lastimosamente equivocado, pues debían haber sacado togas, que es lo que usaban en la ciudad, y solo fuera de Roma podían llevar el trage de guerra con que salieron.

Los lupercos debieron sacar una piel de cabra que era su distintivo, y no guirnaldas de flores y papel por el pecho, que nada significan.

Las togas de los que hacían de senadores estaban mal plegadas, porque solo en los primitivos tiempos de Roma las llevaron sencillamente sobre el hombro, y eso porque entonces eran cortas.

En los tiempos de César eran ya mucho mas grandes, y las plegaban por la cintura, dejando una caída grande por delante que se llamaba el *sinus*. Segun las han sacado, semejaban á los manteos de los estudiantes, y algunas estaban con pliegues cosidos. Y es tan cierto esto que decimos de las togas, que el *sinus* fue precisamente lo que, segun Suetonio, cogió César para cubrirse la cabeza al caer herido por el puñal de Bruto.

Ultimamente, para las cabezas no se han tenido presentes ni los bustos del Museo ni la coleccion grabada del Vaticano. Respecto á los calzados tampoco se han tomado la molestia de consultar ninguna estatua. El que hacia de Lépidio, que mandaba las legiones ecuestres, mas parecía un Angel de la Guarda de los que venden de barro, que lo que queria representar. En cuanto á las bailarinas, eran una cualquier cosa.

Es decir, que la tragedia *La muerte de César*, anunciada á són de clarines por la presuntuosa empresa del Príncipe, despues de muchos meses de ensayos, no solo ha sido destrozada de una manera infuena, sino que los directores de este teatro, Sres. Romea y Valero, no han sabido presentarla con el decoro y propiedad en los trages que la obra reclamaba. Solamente una cosa digna de elogio hemos encontrado en ella, que son las decoraciones pintadas por los Sres. Ferri y Busato, siendo algunas notables y de excelente efecto, como la del acto tercero.

La representacion de *La muerte de César* ha venido á demostrarnos lo que podemos esperar de una empresa y de unos actores que en vez de *regenerar el arte* contribuyen á su desprestigio y á su ruina. Ha sido el último gemido de la musa trágica que al huir espantada de nuestra escena, para no volver á presentarse en

mucho tiempo, ha querido envolver en su ruina á los viejos mercaderes del arte. El teatro del Príncipe ha muerto moralmente y todos nuestros vaticinios se han cumplido al pié de la letra.

De la tragedia nada decimos, porque ni era ese nuestro ánimo al escribir el presente artículo, ni muerto el autor nos sentimos con fuerzas para censurar una obra notabilísima bajo el punto de vista literario.

Al guardar silencio sobre este punto, creemos dar una prueba de que sabemos respetar la memoria de su ilustre autor, debiendo manifestar que tal como es y aun careciendo como carece de grandes efectos escénicos, será siempre considerada por los amantes de la buena forma como una rica joya, digna de figurar entre las que mas honran nuestra literatura.

En nuestro próximo artículo hablaremos de la bellísima comedia de D. Luis San Juan *Dulces Cadenas*, que continúa llamando la atención en el Circo, y de otras novedades teatrales.

Madrid 4 de Marzo de 1866.

JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

TEATROS DE VALENCIA.

Ante todo y aunque fuera de nuestro objeto, tenemos una satisfacción en manifestar que nuestro querido amigo y compañero de redacción D. Jacinto Labaila, ha obtenido un brillante éxito en el teatro Principal de Barcelona, en el estreno de su comedia *Ojo al Cristo*.

La escogida y numerosa concurrencia que llenaba el referido coliseo, aplaudió estrepitosamente al autor, llamándole con entusiasmo á la escena.

Celebramos este nuevo triunfo de nuestro amigo, y le enviamos el mas sincero parabien.

Concretándonos á las obras estrenadas en esta capital, hablaremos en primer lugar de la *Revista de un muerto*.

Esta clase de producciones exóticas en nuestros teatros, deben estar tratadas con alguna brillantéz para poderlas dar carta de naturaleza.

La revista de 1865 se reduce á la agrupacion de todos los acontecimientos políticos ocurridos durante el referido año.

El autor hace intervenir á los dioses de la mitología, constituyéndolos en tribunal para que juzguen al año 1865. Saturno, desde su altura, no puede apreciar debidamente los hechos terrenales, y con una galantería estraña, se decide á bajar á la tierra para juzgarlos con mas acierto.

La obra que analizamos, desmerece si se la pone en parangon con la del mismo autor, del año anterior, ó sea *La revista de 1864*, pues en aquella se ocupa exclusivamente de política y es muy fácil resbalar en un terreno tan liso; de aquí el que no pueda campea el ingenio del autor con los innumerables chistes que tal vez la censura hubiera suprimido.

Este es un grave inconveniente que hace por lo mismo languidecer la obra.

Sin embargo, no deja de tener algunos diálogos bellísimos y pensamientos ingeniosos, pero creemos que el autor hubiera obtenido mejor éxito, ya que se propuso hacer *La revista de 1865*, intercalando otros hechos que nada se rozan con la política.

En cuanto á su egecucion los actores hicieron cuanto estuvo de su parte.

El abogado de pobres, comedia en tres actos del eminente é infatigable D. Manuel Breton de los Herreros, es una obra escrita con la frescura y lozanía que distingue al autor de *La Marcela*, cuyas producciones siempre serán escuchadas con agrado.

El renombre de su autor nos excusa hacer un juicio crítico de esta produccion.

En ella hizo su primera salida la primera actriz Doña Amalia Gutierrez, ya conocida del público valenciano.

La señorita Gutierrez posee indudablemente buenas facultades para la escena; su voz es agradable, sus maneras delicadas y su modo de vestir elegante; pero con todo, le aconsejariamos que estudiase mas sus papeles y comprendiese con mas exactitud los tipos que representa, pues de lo contrario se nota en su trabajo cierto amaneramiento que disgusta y desilusiona al espectador; sin embargo, tuvo momentos felices y el público la aplaudió con justicia.

El Sr. Vico estuvo admirable en su papel, caracterizó perfectamente el tipo del pollo marqués y compartió los aplausos con los Sres. Olona y Parreño, los cuales estuvieron felicísimos en la escena en que Javier le pide al ministro la mano de su hija.

El Sr. Olona nos gusta mas de dia en dia y esto nos prueba su constante aplicacion y su buen deseo, al que no dudamos corresponderá el público debidamente.

Al Sr. Parreño no podemos juzgarle con toda detencion hasta que no le veamos en otra clase de trabajo; en esta solo diremos que nos complació lo bastante lo mismo que la señorita Rosas y el Sr. García (D. Juan).

Los soldados de plomo, comedia en tres actos del señor Eguilaz, encierra un pensamiento sencillísimo y bastante conocido; un padre desea para su hija lo que se llama un buen acomodo en el siglo actual y tiene fijos sus ojos en un marqués de no muy buenas mañas, pero no ha contado para ello con el corazón de su hija y las simpatías de su esposa, que prefieren á un joven médico que aunque de modesta posicion, tiene por norte una honradéz intachable.

Cármén, á pesar del afecto que profesa á Javier, no puede menos de obedecer á su padre; la madre la obliga á que se resista, pues presume que el enlace con el marqués labrará su desgracia, y esta lucha es la que sostiene el interés de la comedia.

El carácter del marqués lo hallamos inverosímil, pues no se comprende tal obstinacion en un hombre sin interés ninguno, prueba de ello es, que al final del tercer acto, cuando se descubre el mal trato que dió á su primera muger, renuncia sin inconveniente de su proyecto.

Tiene recursos felices como el del final del segundo acto cuando Clemencia para convencer á su esposo exhibe las cartas que él la escribía cuando estaba enamorado. Tambien es oportuno y delicado el recurso de la caja de los soldados, aunque no de tanta novedad como el primero.

En cuanto á la versificación, es fácil y armoniosa, y no dudamos que esta obra se aplaudirá con gusto en cuantos teatros se represente.

El Sr. Vico caracterizó el papel de padre con verdad, y el Sr. Olona rivalizó con su compañero en el papel de Javier; los dos merecieron y se les tributaron justos aplausos.

La señorita Amalia Gutierrez nos agradó en algunas escenas, pero en general no encontramos en ella los verdaderos arranques y el sentimiento propio del corazón de una madre.

La señorita Granados estuvo feliz, y en ciertas escenas no se le pudo exigir mas.

En cuanto al Sr. García (D. Pedro) en el papel de marqués se hallaba fuera de su centro, y el público lo comprendió así desde la primera escena.

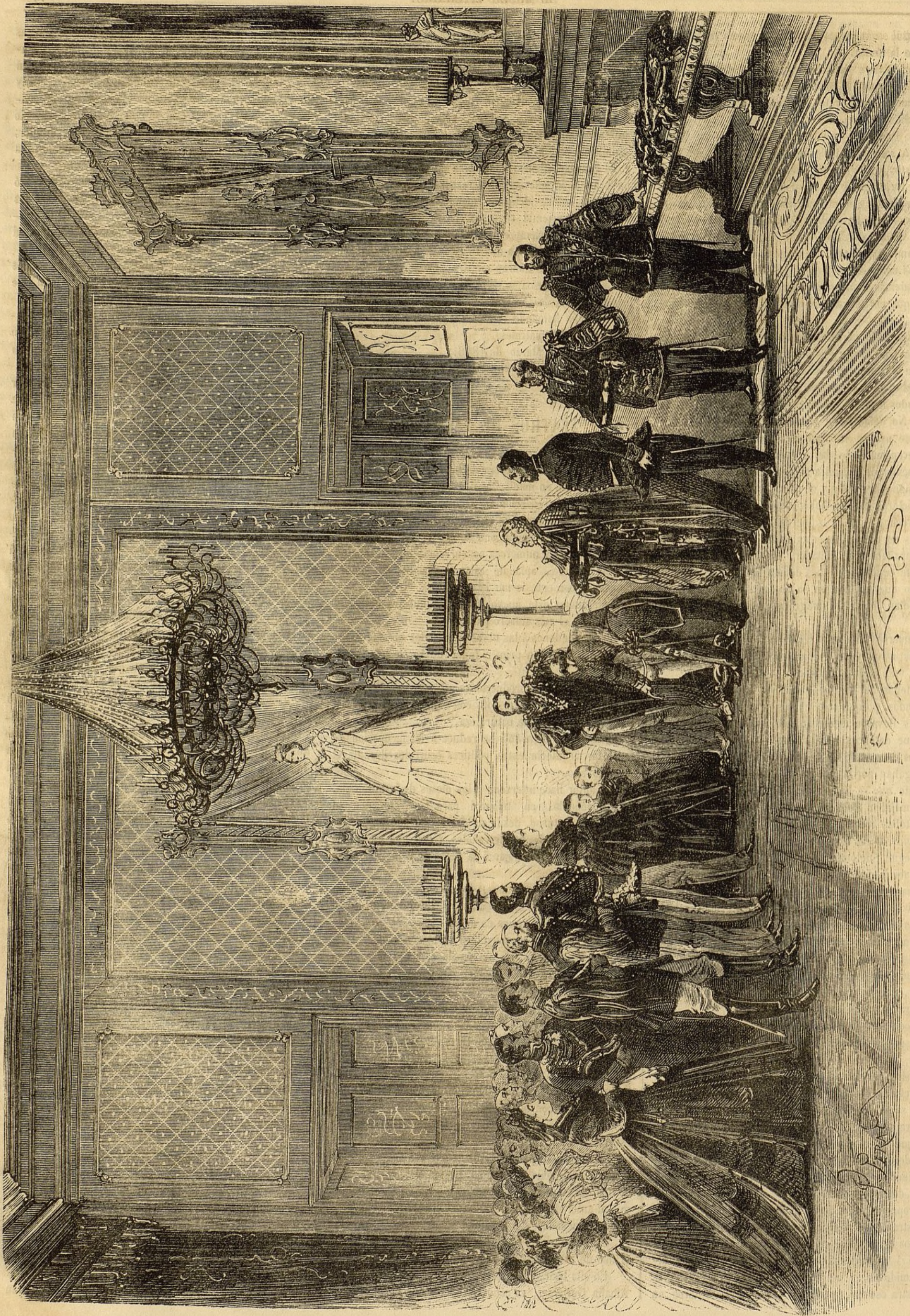
Terminamos por hoy nuestra revista hasta que se presenten otras novedades.

GERÓNIMO FLORES.

CEREMONIA

de la entrega de las insignias de la orden de la Liga al rey Leopoldo II de Bélgica.

El 12 de Febrero último tuvo lugar en el palacio de Bruselas la investidura del rey Leopoldo II como caballero de la Liga por los enviados de S. M. Británica. Entre otras insignias los caballeros de esta orden llevan



CEREMONIA DE LA ENTREGA DE LAS INSIGNIAS DE LA ÓRDEN DE LA LIGA AL REY LEOPOLDO II DE BÉLGICA.

una
la r
L
la r
las c
ron
con
rey
el ac
del p
retr
prin
halla
real,
sa L
trás
cado
ingle
las d
vidun
El
senta
Sydn
piern

C
sangr
hizo r
taria y
los cri
tribus
emper
pensó
un ric
rándol
honor

Lui
gos, p
tana d
—Ve
filomen
—No
—No
bri, qu
—Allá
con el
—La
entend
—La p
borrado
del aban
—De p
el cansa
—Esp
un boni
cultivado
—Mira
—¿Por
—Porq
sino fres
—¡Fres
—Fres
—¡Fres
—Así p

una liga azul en la pierna izquierda, la reina la lleva al brazo.

Los plenipotenciarios enviados por la reina de Inglaterra para entregar las condecoraciones de la orden, fueron el honorable Juan Robert, vizconde de Sydney, y Sir Carlos Yonng, rey de armas de la orden.

El rey de los Belgas escogió para el acto de la investidura el salon azul del palacio, donde se encuentran los retratos de la reina Victoria y del príncipe Alberto. Al lado del rey se hallaba la reina y despues el príncipe real, el conde de Hainaut, la princesa Luisa y el conde de Flandes. Detrás de la familia real se habian colocado los miembros de la embajada inglesa en Bruselas, los ministros, las damas de la reina y toda la servidumbre del rey.

El grabado que publicamos representa el momento en que el vizconde Sydney vá á colocar la Liga en la pierna izquierda de Leopoldo II.

AKIL-AGHA,

gefe de las tribus árabes del monte Thabor.

Cuando las terribles escenas de sangre de que fue teatro la Siria, se hizo notar por su conducta humanitaria y por sus esfuerzos en favor de los cristianos Akil-Agha, gefe de las tribus árabes del monte Thabor. El emperador de los franceses recompensó sus buenas acciones enviándole un rico regalo de armas, y condecorándolo con la cruz de la Legion de honor.

ESCALA VEGETAL.

Luis suspendió la lectura del anuario y los dos amigos, por un impulso simultáneo, se asomaron á la ventana del jardin.

—Veamos esas maravillas, dijo Fernando. ¿Oyes tú la filomena de la India y de la Australia?

—No; lo único que oigo es el canto de los gorriones.

—No serán gorriones, repuso Fernando; será el colibrí, que habrá aprendido la escuela española.

—Allá veo un Cupido sin cabeza, dijo Luis señalando con el dedo

—La verdadera efigie de Carlos: el amor, menos el entendimiento; es decir, el impulso, menos la duracion.

—La primavera ha entrado en ese jardin, pero no ha borrado las huellas del invierno. Se observa el desorden del abandono y un no sé qué de primitivo.

—De posterior, querras decir: la fuerza significa aquí el cansancio.

—Espera: allí, á la izquierda, junto al estanque, veo un bonito cuadro cubierto de florecillas encarnadas y cultivado con esmero.

—Míralo bien.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo buena vista y aquellas no son flores, sino fresas.

—¡Fresas!

—Fresas.

—¡Fresas en el jardin de Carlos!

—Así parece.



AKIL-AGHA, GEFE DE LAS TRIBUS ÁRABES DEL MONTE THABOR.

—¡Horror!

—¡Desolacion!

—Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora campos que invade la encarnada fresa!...

—Prosigue, Luis, prosigue.

—Prosigo.

Los dos amigos se sentaron y Luis continuó la lectura de las cartas de Enriqueta.

«Pero el resto de la habitacion, Dolores mia, no corresponde á esta especie de oasis. Carlos ha dejado la casa en el mismo estado en que la vendió el anterior propietario, persona muy poco aficionada á los primores del lujo moderno, que son media vida para nosotras las mugeres de hoy. ¡Qué yermo, amiga mia, si no lo poblara el amor de Carlos!

Pero él cree sin duda que para vivir amando no se necesita mas que un jardin, flores y estrellas.... ¿Qué sé yo? Creo que á serle posible me convirtiera en rosa ó en azucena. Escuso decirte que se me pasan muy buenas ganas de hacerle observar la desnudez de este asilo inhospitalario; pero, la verdad, no tengo valor para destruir el encanto que le enagena y menos aun para darle á entender que su amor no es el colmo de todos mis deseos.

El jardin es mi habitacion; Carlos me hace vivir entre las flores y mas de una vez he encontrado un lecho de rosas, á la sombra de un cenador cubierto de volubilis y madreselvas, en el cual su poética solicitud me ha preparado un abrigo y un descanso en las ardientes siestas de Julio.

Fuerza es convenir, Dolores mia, en que si en esta manera de amar hay egoismo, es un egoismo que se parece mucho á la adoracion.

Carlos no se aparta de mí sino para cultivar las flores de que se halla esmaltado mi gabinete á todas horas. El nardo y el jazmin embalsaman el ambiente por donde quiera que paso y Carlos solo es el llamado á cuidar de estas flores destinadas al culto.

¿Qué mas te diré?... No he podido resistir á sus deseos y he renunciado á todo aliño de tocador que no sea un vestido blanco, invariablemente blanco. Es un capricho.... ¿qué digo capricho? un delirio, una supersticion, una especie de locura. El traje blanco le arroba de tal modo que seria yo la mas cruel de las mugeres si le negara este gusto, y la mas insensible de las amantes si me privara de las manifestaciones de ternura con que me agradece el sacrificio: porque sacrificio es, y no poco, dejar que se marchiten en el ropero mis bonitos vestidos de verano, tan frescos, tan elegantes, tan perfectamente traducidos del último figurin.... ¿No es verdad, Dolores mia?

Sin embargo, he reflexionado, ó por mejor decir, he sentido mucho desde que estoy al lado de Carlos, y comprendo, amiga mia, que se pueden sacrificar muchas cosas á trueque de un amor tan vehemente y de una tan envidiable felicidad: solo que ese amor que absorbe todas las fuerzas de nuestro ser, que vierte en su cauce único y profundo todas las fuentes del placer y del dolor, es una especie de embriaguez, y dicen que las embriagueces del alma, lo mismo

que las del cuerpo, son dolorosas cuando se curan.

¡Si pudieran durar siempre!... Mi vida es un sueño: ruega á Dios, amiga mia, que no despierte nunca....

Veo desde mi ventana á Carlos que cruza el jardin. Me trae flores.... mas flores.... ¡siempre flores!...

Adios. Seguiré contándote el poema de mi casamiento. No te pregunto si has visto en Biarritz alguna de esas reinas de la moda que se ofrecen todos los años á la admiracion de la sociedad elegante. No quiero que me digas qué sombrero merece los honores del triunfo, qué peinado priva, qué traje de verano despierta en mas alto grado la emulacion femenina. ¿Qué me importa todo eso? Mi dicha no consiste ya en esas pueriles satisfacciones de la vanidad: por regiones mas altas vuelan mis ilusiones.

No me olvides: escribeme, dime si eres tan feliz como lo has sido siempre.... Quisiera que todas las mugeres lo fueran en el mismo grado y de la misma manera que yo, para fortificarme en la conviccion de que poseo la verdadera felicidad.

Siempre tuya,

Enriqueta.»

Luis puso el cuaderno abierto sobre sus rodillas y dijo:

—¿Lo has oido? quiere convencerse de que posee la verdadera, la auténtica felicidad.

—Es natural; si á tí te dieran un 'doblón muy bonito, demasiado bonito, indefiniblemente bonito, por un equivalente en monedas de plata ó cobre, ¿no quisieras convencerte de si recibias oro de buena ley ó metal darado? —Sí.

—Pues bien; Enriqueta le ha dado á su marido en buena moneda, su coqueteria, su instinto de muger elegante, su deseo de brillar en los salones, y la pobre muchacha se afana por persuadirse á que el relumbron que le han puesto en la mano es un equivalente.... y de que aun gana en el trueque.

—¡Pobre Enriqueta! Sospecho....

—La sospecha es inútil cuando tenemos en la mano la realidad, interrumpió Fernando: continúa.

—Acto segundo, dijo Luis tomando el cuaderno para continuar la lectura.

Enriqueta á Dolores.

Tu carta me ha causado la mas agradable sorpresa. Sé por ella que gozas de salud, que eres dichosa y que estás en París.... ¡En París! la ciudad de mis sueños... De mis sueños de soltera, se entiende; porque desde que me he casado y soy feliz, no debo tener mas sueños ni mas deseos que los de mi dueño y señor.

Sin embargo.... dichosa tú para quien Paris no está escluido del programa de la felicidad.

Estamos á mediados de Setiembre y creo que al fin la naturaleza nos vá á despertar de nuestro éxtasis. Tres veces he intentado sacar á Carlos de la especie de encantamiento á que se halla sujeto, y ctras tantas ha vuelto á sincoparse en mis brazos. Al fin he tenido que imprimirle una vigorosa sacudida y me lisonjeo con la esperanza de que esta vez he conseguido mi deseo de abandonar el campo y volver á Madrid. Ya es hora, Dolores mia: aquí no se puede vivir por mas tiempo. Carlos lo comprende ó á lo menos no lo contradice, porque no estoy muy segura de que á su modo de ver la soledad conmigo, las flores, el ambiente, el amor, necesiten cristales en ninguna estacion del año.

Y á propósito de flores: la caja en que guarda el famoso ramo de violetas, ha pasado ya de la mesa al cofre, y este es un sintoma infalible de locomocion. Cuando embala este objeto del culto es prueba de que se vá. ¿No se iban tambien los romanos cuando empaquetaban sus penates?

No sé si el cambio de escena modificará las condiciones de mi poema conyugal, y si la vida realista de la corte hará entrar á Carlos en una órbita menos escéntrica. Casi estoy por no desear la menor variacion en su manera de ser. Su amor parece tan profundo, tan bello, tan poético; se muestra tan orgulloso de la posesion del objeto amado, que á veces me parece una soberana ingratitud mi deseo de acercarme al mundo y casi aborrezco el instinto pueril que me encadena á mis antiguos hábitos de salon y de tocador.

Por lo demás no tengo que comunicarte ningun suceso importante. Mi vida es un arroyuelo sin guijarros.... ¿Qué digo sin guijarros? Ni siquiera hojas secas arrastran sus aguas serenas y transparentes. Soy una heroína de novela; pero de novela íntima, á la usanza moderna, sin aventuras ni peripecias. Hago un viage sentimental por las regiones accesibles y tranquilas del amor, sin combates, sin contratiempos, sin cambios de perspectiva, escuchando sin cesar un himno melodioso que arrulla mi sueño de ventura.

Un solo incidente ha venido á verter una gotita de hiel en este lago de agua azucarada; pero no te alarmes creyendo que voy á referirte ya *disgustos de familia*. Carlos me ama en el fondo y en la forma lo mismo que el primer dia; me ama con pasion tan inalterable, que á pesar de las *pérfidas insinuaciones* de que voy á hablarte, casi estoy por entrar resueltamente en su poético espiritualismo y creer en la inmutabilidad del amor conyugal.

Vamos al caso.

Hará como unos ocho dias pasó por aquí una de esas asturianas que suelen ir por las casas vendiendo lienzo. Viéndome á la ventana de mi gabinete, insistió con la tenacidad propia de su oficio en que la comprase algo, y al cabo la hice subir por no mostrarme insensible á tantos ruegos.

La compré unas frioleras por no dejarla ir sin alguna ganancia, y la despedí.

Haria unos diez minutos que la asturiana habia salido, cuando casualmente fijé la vista en un papel doblado que sin duda se le habia caído al salir del gabinete. Lo abrí creyendo que contenia algunas muestras y no fue poca mi sorpresa y mi asombro al leer estas palabras:

«Señora: puede V. leer estas líneas sin desconfianza.

Aunque vá por secreto conducto este papel no es un conato de rebelion contra el noveno mandamiento. No, yo no soy en amor lo mismo que en religion.... En amor adoro á la divinidad bajo una sola forma. Cuando la pierdo digo en el secreto de mi alma: «Los dioses se van....» y los sigo con la vista.

V. se ha ido, señora, y quiero ver si ha tenido razon...

La sigo á V. de lejos y en actitud respetuosa; tan respetuosa como puede exigirla una reina sin trono y una imágen sin altar.

Ya sé, señora, que por respetuosa que sea mi curiosidad no dejará de tacharse de impertinencia. Lo es, en efecto, bajo el punto de vista de eso que llaman conveniencias sociales; pero, seamos francos; el que ha recibido el primer rayo del sol naciente ¿es mucho que le siga para ver dónde se pone?

Toda vez que he perdido la esperanza y la ilusion, no tengo el mayor interés en conservar la modestia y voy á aligerar mi buque de esta carga inútil. Señora, yo me creia apto para labrar su felicidad. V. estaria muy lejos de creer que era objeto para mí de una série de estudios muy graves, encaminados al noble fin de proporcionarla la mayor suma posible de bienestar moral y material. Sobre estos datos laboriosamente recogidos habia fundado un vasto plan de existencia, una especie de universo en pequeño, y V. era el objeto de este plan, la Eva de esta creacion.

Trabajo perdido. Mientras yo preparaba un vaso primoroso para colocar la flor, ha pasado otro y la ha cogido. ¿Cómo ha de ser? A mí cualquiera me gana á coger flores. Como no quiero mas que una y esa pienso conservarla mientras pueda, necesito mirar cómo la cojo para no estrujarla y ver dónde tiene las espinas para que no me hieran.

Me aseguran que es V. objeto del amor mas ardiente.... y mas desprendido de las cosas de este mundo; me aseguran que el escogido de su corazon se dá tanta prisa á mostrarla su ternura, como si fueran contados los dias del universo.

No soy rencoroso y deseo á V. toda suerte de felicidades; pero como mis votos, por sinceros que sean, no tendrán la virtud de cambiar el curso de las cosas, podrá ocurrir que en medio de esa adoracion no vea V. satisfechos y dirigidos por buen camino sus instintos; podrá ocurrir que el vacío se haga en medio de la plenitud, y pienso verlo, no para gozarme en su daño, sino para fortificar la conviccion supersticiosa en que he vivido siempre, de que la felicidad no visita el hogar edificado sobre las ruinas de una ilusion.

En V. que tiene nobleza de alma y de carácter, la coqueteria ha sido un triple crimen.

1.º Porque ha sido V. coqueta.

2.º Porque ha incurrido V. en lo mas vulgar de la coqueteria.

3.º Porque ha desflorado V. esa preciosa virginidad en la muger, que consiste en guardar para el dueño decisivo de su corazon todas las seducciones y todos los medios de hacerse amar que están en su instinto.

Esta era la única coqueteria digna de aquella Enriqueta tan justamente ponderada entre las frívolas pobladoras de nuestros salones.

Nada mas por ahora: me despido, pero no me voy. Me quedo, no como un traidor de melodrama en acecho, sino como un filósofo en observacion.

¡Triste papel el mio, señora! ¡Haber soñado un cetro y encontrarme en la mano al despertar un anteojo de larga vista!

PEREGRIN GARCIA CADENA.

Á MIS QUERIDOS NIÑOS

Maria, Antonio, Teresa, Pedro y Joaquin Piscicelli
Alvarez de Toledo.

Venid conmigo al valle,
Ya el alba despuntó
Y las oscuras nieblas
Empuja régio el sol.
Ya luce allá en el monte
Su fúlgido esplendor,
Y brilla en la colina
Su mágico arrebol.
Ya el aura mansamente
Con plácido rumor,
Se agita entre los nardos
Que el alba despertó:
Y bulle entre sus hojas
Robándoles su olor.
Ya suena el dulce trino
De plácida cancion
Que entona entre los árboles
El pardo ruiseñor;
Al par que entre las juncias
Deslízase velóz,
El límpido arroyuelo,
Galan, murmurador.
Venid conmigo al valle;
La vida ya empezó,
Y muy breve es la vida
Y eterno es el dolor.
Gocemos, pues, en tanto,
Y en viva confusion,
Los prados y jardines
Crucemos en redor.
Mirad cuál se levantan
Con régia ostentacion,
Los cedros y cipreses
Que nunca conmovió
Ni la tormenta airada
Ni el vendabal feróz.
Mirad entre lentiscos
Brotando el girasol;
Cojed las blancas rosas
Que ostentan su rubor;
La páldia azucena,
Fugáz cual la ilusion;
Y alegres aspiremos
Su aroma encantador,
Que el tiempo pasa rápido
Y huyendo va velóz,
Que muy breve es la vida
Y eterno es el dolor.
Mirad la mariposa
Que el iris matizó,
Volando y revolando
Sobre una y otra flor.
Cuán bellas son sus alas
De nítido color,
De azul de gualda y oro,
Que en su volar robó
A dalias y claveles
Que crecen en monton
Entre las juncias lacias
Que el agua acarició.
Cuál bullen, cuál se agitan
En varia confusion,
Tropel de mil colores
Teñidos de arrebol,
Que pueblan el espacio
En grupo encantador,
Gozando de las dichas
Que el cielo les brindó,
Que muy breve es la vida
Y eterno es el dolor.
Venid conmigo al valle,
Ya el alba sonrió,
Y él alba es la sonrisa
Que nos regala Dios.
Oid cuál su belleza
Pregona la creacion,
Y el alma levantemos
Brotando en nuestra voz

El gozo que en el pecho
Inunda el corazón.
Que nunca nos sorprenda
Ni empañe nuestro honor,
Ni en nuestra mente broten
Infamias ni traicion,
Que pronto en el ocaso
Tal vez se oculte el sol,
Y horrisona tormenta
Con pérfido aquilon,
Destruyan los encantos
Con que el placer soñó.
La paz es el consuelo,
Consuelo es la oracion,
Y pueden las plegarias
Llevarnos hasta Dios;
Que muy breve es la vida
Y eterno es el dolor.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LA BOLSA.

Bajo esa palabra está contenido el primer término de una terrible disyuntiva; la mitad de un pensamiento que podemos encontrar clara y esplicitamente formulado en medio de la oscuridad de cualquiera noche al cruzar una calle ó al volver una esquina.

Las palabras se anudan entre sí algunas veces por medio de vínculos tan estrechos que es imposible separarlos; y las vemos discurrir unidas por el laberinto de la lengua, formando esas combinaciones que parecen indestructibles y que llamamos frases hechas.

La Bolsa es una palabra que por sí sola apenas tiene sentido, es la mera designacion de un objeto de mayor ó menor capacidad, un simple nombre, un distintivo, una contraseña, como Juan es la contraseña de un hombre, que lo mismo pudiera llamarse Pedro.

Para que la palabra Bolsa descubra toda la profundidad de su sentido, hay que completar la frase de que es principio: hay que decir:

«La bolsa ó la vida.»

Alternativa absurda en que esos términos irreconciliables, perpétuamente separados por la inmunidad de una *o*, aparecen unidos presentando de continuo á los ojos del hombre un problema permanente.

Singular capricho de las palabras, estraña virtud la de esa *o* misteriosa que se complace en unir los mismos términos que separa.

El primero que, colocándose en la encrucijada de un camino, sometió el punto á la decision de los transeuntes, ignoraba sin duda que andando el tiempo habia de descubrirse que la bolsa y la vida son una misma cosa, y que plantearle á un hombre el dilema irresistible de «la bolsa ó la vida» era en sustancia proponerle la eleccion precisa de uno de estos dos términos:

«O te mueres ó te mato.»

En aquellos tiempos oscuros en que la ciencia económica, esto es, la menos ciencia posible, no habia llegado á adquirir la posesion de las grandes verdades, el hombre se veia con frecuencia en la necesidad de comprar su vida á peso de oro en la revuelta de cualquier camino

Esta transaccion mercantil se reducía por lo comun, á tomar la vida y á dejar el dinero.

Los mismos especuladores que salían á los caminos á proponer sus negocios se jugaban la vida que era la base del capital de todas sus operaciones; se la jugaban y solían perderla, aunque fundaban el secreto de su comercio en ese principio de derecho mercantil que dá á todo hombre la facultad de vender cara su vida.

Como se ve en la sombra de aquellos tiempos oscuros, se dibujaba ya la estrecha union que existe entre la bolsa y la vida, formando el primer nudo de esta inmensa y maravillosa red de relaciones comerciales en que el mundo ha caído.

Vemos por una parte á unos dando la bolsa en

cámbo de la vida, mientras que por otra parte vemos á los otros jugarse la vida para alcanzar la Bolsa.

En estas operaciones elementales del comercio primitivo, los segundos ganaban todo lo que perdían los primeros, y poco á poco la perspicacia del hombre fue descubriendo que la base segura de la especulacion consistía en el sistema de los segundos.

Esto es, jugarse la vida para ganar la bolsa.

O lo que es igual: quitarse la vida para adquirir dinero.

O lo que es lo mismo: matarse para poder vivir.

Desde el instante en que esto se vió claro, comenzó el gran movimiento del comercio universal, el negocio saltó por todas partes como las chispas de un incendio, y el dinero empezó á correr de una parte á otra con ese desasosiego, con esa loca inquietud con que vá y viene y huye y vuelve el perro perdido que no encuentra á su verdadero dueño.

Dinero es la palabra dentro de la que se encierra el valor de todas las cosas.

Es la fórmula de todos los valores.

Viene á ser lo que el guarismo á la cantidad.

Es la medida precisa que determina el valor *real* de cada cosa; lo que no vale dinero no vale nada.

La palabra no es un don concedido exclusivamente al hombre, porque en el universo todo habla.

El sol que se levanta todos los dias sobre nuestras cabezas penetra en nuestras casas, entra en nuestros ojos y claramente nos dice: «mirad.»

El aire pasa fugitivo por nuestros oídos diciéndonos: «yo vuelo.»

El agua huye presurosa delante de nosotros y nos dice: «yo corro.»

¿Quién le ha dicho al hombre que la tierra rueda incansable por el espacio mas que la tierra misma?

¿En el fondo de todo abismo no hay una voz profunda que llama incesantemente á todo el que se asoma?

No conozco nada mas silencioso ni mas impenetrable que el ángulo mudo y sordo de una esquina; pues ese ángulo sale al paso del transeunte, lo detiene y le dice: «vuelve.»

Unas pobres conchas escondidas en las cimas escabrosas de las montañas mas altas han declarado á la faz del mundo, bajo el testimonio irrecusable de sus palabras, que hubo un tiempo en que hasta allí subieron las aguas tempestuosas del Occéano.

El tierno vástago, rompiendo con impetu lozano el hinchado boton que lo aprisiona, tiende en el aire sus primeras hojas diciendo: «yo acabo de nacer.»

Hay un momento en que la flor mas reservada, mas silenciosa, mas tímida, se inclina y dice: «yo voy á morir.»

Todo habla; la palabra está en todas partes; la creacion es un libro en que todo está escrito, cada objeto es una frase, cada cosa un pensamiento.

El universo entero al verse arrojado á la vida por la mano poderosa que lo produjo, prorumpió en una exclamacion inmensa que todo lo llena; cuantas cosas fueron creadas se unieron y se ordenaron como las letras de una palabra para escribir en todos los idiomas y en todos los tiempos esta idea eterna: «Dios.»

Todo habla; la oscuridad misma se presenta á nuestros ojos llena de estraños geroglíficos; el silencio mismo hace llegar á nuestros oídos voces misteriosas: el vacío mismo condenado á oscuridad profunda, á silencio perpétuo, á soledad eterna, tiene tambien su palabra.

Como si fuera el eco de una voz perdida en el espacio, se acerca á nosotros, no sabemos por dónde, y nos habla no sabemos cómo.

El nos trae ó nos envía esta palabra sin límites: «Nada.»

Nada, es decir, la negacion de todo.

Habla, pues, hasta lo que no tiene voz, ni forma, ni ser.

El dinero es por consiguiente la lengua de la riqueza; todo aquello que no pueda traducirse en dinero, no es riqueza.

Mas claro: el que no tiene dinero no tiene nada.

Sometido el caso á la observacion desde un punto de vista aritmético, resulta que el dinero es la unidad y todo lo demás es cero.

La realidad no tiene ya mas expresion propia, mas interpretacion auténtica que la que le determine un número mayor ó menor de reales.

Ahora bien, todas las cosas habian de sentir la necesidad de ser algo, y en virtud de este impulso, acudieron á tomar sitio en el órden alfabético del diccionario de esa lengua universal.

Cada cosa de por sí buscó con empeño la medida de unos cuantos reales para tener el nombre de una cantidad, que atestigüe la realidad de su existencia en el mundo positivo del comercio humano.

Digámoslo de una vez: todo se puso en venta.

O lo que es lo mismo: todo se vende.

O lo que es mas claro: todo está vendido.

Aquí aparece la creacion de *la Bolsa* como la expresion definitiva de la vida, como el barómetro es la expresion de la temperatura.

Mirémosla desde su gran punto de vista.

Veamos.

El oro es el dios de la fe moderna.

La economía es la ciencia teológica de ese dios.

El comercio es la moral de esa teología.

La ganancia es la virtud de esa moral.

El negocio es el culto.

La Bolsa es el oráculo.

Cuando la Bolsa baja todo se detiene.

Cuando la Bolsa sube todo marcha.

Ella en sí no es mas que un juego de envite y de azár, como cualquiera de esos otros juegos que han enriquecido la lengua dando nombre á los garitos; pero aquellos son juegos prohibidos y este es un juego autorizado.

La base de sus grandes operaciones es la deuda.

La deuda es á la riqueza lo que el vacío á la naturaleza.

De forma que jugar á la Bolsa es tanto como jugar sobre un abismo.

A ese abismo se le llaman fondos públicos.

Sin embargo la Bolsa es la vida.

J. SELGAS.

LA RELIGION.

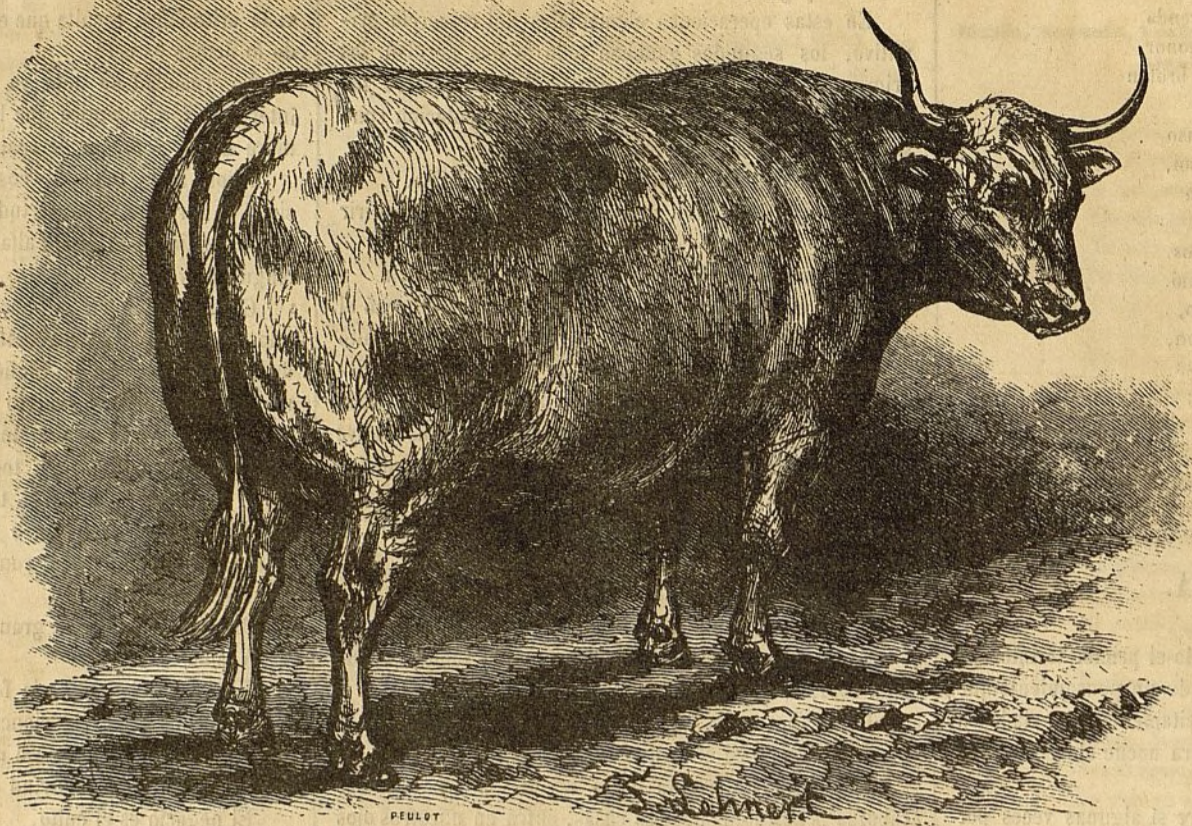
¡Oh santa Religion! grato consuelo
En el mar borrascoso de la vida;
Celeste flor en el pensil nacida;
Faro que alumbra nuestro ardiente anhelo:
Sol que desgarrá del pecado el velo
Cicatrizando la mortal herida;
Iris hermoso que á gozar convida;
Lazo que aduna con la tierra el cielo:
Gérmén sublime que en el pecho alienta;
Lucero que ilumina nuestra mente;
Brillante luz que el porvenir nos cuenta;
Verdad eterna que mi pecho siente;
Posa en mi alma y que tu amor profundo
Me enseñe á ver la pequenez del mundo.

TEODORO MARTEL.

LA GRANJA DEL AMOR.

I.

A la caída de la tarde de un dia de otoño en que una espesa niebla daba á todos los objetos ese tinte sombrío que anuncia la proximidad del invierno, una niña humildemente vestida, y con algunos libros y una cestita pequeña en su mano, salía de la villa de A... y siguiendo los senderos que atraviesan su fértil huerta, se dirigía resueltamente á una pobre casita, cuyas puer-



EL BUEY GORDO DE 1866 EN PARIS.

tas y ventanas estaban cerradas. Detúvose ante ella, y con voz dulce repitió una y muchas veces: «Padre, Madre,» sin que nadie mas que el eco respondiera, lo que parecia entristecer el encantador rostro de la niña, que por fin cesó en su tarea y volvió con lágrimas en los ojos á tomar el camino de la villa.

La casa cerrada poco antes la habitaba Juan el Podador, su muger, y una hija llamada Anita.

Trabajaba el padre en el campo, y además era tan activo y diestro, que entendia un poco de todos oficios, así es que habiendo comprado la casita en un estado casi ruinoso, él mismo la habia retechado y compuesto; la madre era una de las mas honradas y laboriosas mugeres de la villa, constantemente ocupada, se la hallaba dispuesta á todo de dia y de noche, llevaba con igual semblante las alegrías y las penas de la vida, amaba tiernamente á su marido, y con delirio á su pequeña hija, á quien sin embargo habia enseñado al trabajo, y á cuidar de sí misma desde sus primeros años.

El trabajo, la virtud y el cariño unidos á una prudente economía hicieron de esta familia una de las mas felices de la villa; mas de repente el tífus hizo caer en el lecho del dolor á la madre, y al siguiente dia al padre, y muy pocos dias despues de tal desgracia salian de la casa para el cementerio dos cadáveres llorados, y acompañados hasta su última morada por casi toda la poblacion.

La desvalida niña privada de un solo golpe de sus naturales protectores, sin parientes en la villa, fue confiada á una anciana viuda, que vivia sola, y en cuya casa encontró el lecho que tenia en la casa paterna; pero rehusó tenazmente acostarse, y sin cesar repetía á grandes voces, «Padre, Madre» en medio de los mas hondos suspiros, hasta que la misma fatiga la rindió al sueño.

La viuda Antonia, que nunca habia tenido niños, rodeó de toda clase de cuidados á la huérfana, y contemplándola en su sueño no pudo menos de esclamar.

—¡Dichoso sueño de la infancia! Poco há que lloraba, y ahora duerme tranquila y dulcemente.

Al siguiente dia Anita se levantó bien de mañana y dirigióse á la casa paterna á llamar y llorar invocando á sus queridos padres, y lo mismo hacia maña-

na y tarde, hasta que la Sra. Antonia ó algun vecino de la villa la obligaba á retirarse, y la conducia ó á su casa, ó á la escuela, rogando á la buena maestra que la explicara é hiciera comprender que sus padres habian muerto.

Así pasaron bastantes dias, algunos años, y Anita iba creciendo en edad, y sus gracias se aumentaban. Su alma cándida y pura empezaba á elevarse al em-píreo, á los mas brillantes sueños, y se mecia en los espacios sin límites, así como las golondrinas cantan alegremente en medio de los aires.

Anita no comprendia ninguna de las trabas que la realidad impone á la vida, contemplar como los pájaros suben á los árboles, y allí cantar con tan armoniosos trinos, que le parecen la voz de un encantado príncipe, que viene á llevarla á su palacio de oro, donde encontrará á sus queridos padres, y á donde conducirá tambien á su bienhechora Antonia, hé aquí una parte de los sueños de la niña.

Como vuelan las avejillas, ninguna por pequeña que sea vacila en los aires, ni la golondrina al describir sus rápidos círculos, su vuelo es siempre seguro y libre, ¡ah! si pudiera volar del mismo modo, ¿qué parecerá la tierra desde tal altura? y agitada por estas ideas sus mejillas se cubren de un tinte púrpuro.

(Se continuará.)

PEDRO MORENO VILLENA.

EL BUEY GORDO DE 1866 EN PARIS.

El buey gordo mas notable que se ha paseado este año por París medía 2 metros 45 centímetros de longitud, 1,70 de altura y pesaba 1,360 kilogramos; nuestros lectores le pueden contemplar en la lámina adjunta. El buey que le seguía tenia 2,35 de longitud, 1,70 de altura y pesaba 1,330 kilos. Ambos animales contaban cinco años de edad.

LOS CORRESPONSALES DE PROVINCIAS.

Leemos en *La Correspondencia de España*.

Dice un periódico que los editores de esta corte ván á reunirse para publicar los nombres de los corresponsales de provincia que cumplen bien con su cometido, y tambien escluir del comercio de libros á los que faltan á sus deberes. Esta medida la toman (segun el mismo diario), á causa de las muchas reclamaciones de los suscritores, quienes culpan á los editores de estas faltas, mientras que el motivo principal es que algunos corresponsales no solo no hacen lo regular al repartirlas, sino que no mandan el importe á quien deben á su debido tiempo.

Muchas y muy fundadas son las quejas que en general se tiene de algunos de los corresponsales y sobre todo de los que se dedican á esta clase de negocios en América, en donde suele acontecer de ordinario no rendir cuenta alguna y quedarse como vulgarmente se dice *con el santo y la limosna*.

Nada mas justo que se hagan públicos los nombres de los corresponsales á quienes con entera confianza puedan las empresas periodísticas y los editores confiar sus intereses, así como tambien los de aquellos que mas asiduamente trabajen en el desempeño de su cometido, escluyendo de este modo á muchos de los que hoy figuran en las listas de corresponsales.

Desde luego EL MUSEO LITERARIO se asocia al pensamiento, y será el primero en ponerlo en práctica.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

EL MUSEO LITERARIO.

Se desea comprar un tomo del primer año del MUSEO LITERARIO y los números 5 y 7 correspondientes al año 1.º, época II, de los dias 4 y 18 de Setiembre de 1864. — En la administracion del periódico pueden presentarse los que deseen venderlos.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.